

EURÍPIDES

TRAGEDIAS

III

HELENA • FENICIAS • ORESTES • IFIGENIA EN ÁULIDE
BACANTES • RESO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 22

EURÍPIDES

TRAGEDIAS

III

HELENA - FENICIAS - ORESTES - IFIGENIA EN ÁULIDE
BACANTES - RESO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
CARLOS GARCÍA GUAL
Y
LUIS ALBERTO DE CUENCA Y PRADO



EDITORIAL GREDOS, S. A.

Asesor para la sección griega: CARLOS GARÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A. U., 2008**

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.

www.rbalibros.com

Carlos García Gual ha traducido *Fenicias, Orestes, Ifigenia en Áulide y Bacantes* ,
y Luis Alberto de Cuenca y Prado, *Helena y Reso* .

PRIMERA EDICIÓN , 1979.

ISBN 9788424930530.

HELENA

INTRODUCCIÓN

Por una serie de coincidencias derivables de los escolios a Aristófanes, *Tesmoforiazusas*, versos 1012 y 1060-1061, sabemos que la *Helena* se representó por vez primera en 412 a. C. La versión de Eurípides sigue fielmente las de Estesícoro (*Palinodias*, fragmentos 62-63 de los *Lyrice Graeca Selecta* de Page) y Heródoto (II 112-120).

Hermes ha trasladado a la esposa de Menelao a Egipto, junto al anciano rey Proteo, una racionalización del dios marino, tan pródigo en metamorfosis. Entre tanto, los héroes, al pie de Ilión, combaten por una imagen hecha de nube, por una falsa Helena. En Heródoto, esta fantástica visión del mito tradicional explicaba *racionalmente* la contienda troyana; según esa explicación, Príamo no hubiera dudado en devolver Helena y tesoros para evitar la mortandad, y no hubiese jamás prevalecido el capricho de Paris sobre el buen sentido de Héctor; pero los dánaos, cegados por un dios, se negaron a aceptar las evasivas — lógicas, pues Helena no estaba en Troya— del rey teucro, y la sangre corrió por las llanuras anatólicas hasta inundar los ríos de cadáveres. En Eurípides, un espíritu inquieto, siempre en renovación, la subversión de la leyenda ya no explicaba nada, justificándose a sí misma en tanto que intriga novelesca o nuevo sesgo de una fantasía.

Pues bien, en Egipto ha muerto Proteo, y Helena es requerida de amor por Teoclímeneo, hijo de aquél, por más que ella le rechaza una y otra vez, fiel al recuerdo rubio de Menelao (¡ella, la *femme-objet* por excelencia de la epopeya!). Hay que decir que el enamoramiento de Teoclímeneo es creación de Eurípides, dando vida en el hijo de Proteo a una especie de necio ogro folklórico de cuya crueldad y torpe lascivia deben los amantes huir.

La llegada de Teucro, hermano de Ayante Telamonio (en quien los comentaristas quieren ver un trasunto del rey Evágoras de Chipre, amigo fiel de Atenas en los difíciles momentos en que fue escrita *Helena*), de paso por Egipto en dirección a Chipre, teje una red de funestos presagios en torno a los regresos de los héroes victoriosos en Troya. Con todo, nada puede impedir, acto seguido, el efectista e imprevisto arribo de Menelao a las riberas del Nilo, víctima de las tempestades y, a la vez, contraste feliz con su supuesta muerte en los abismos del océano. Menelao y Helena se encuentran junto a la tumba de Proteo y, después de los años y del fraude divino, se reconocen.

Karin Alt ha estudiado, en un hermoso artículo [1](#), esa anagnórisis, momento cumbre en la acción del drama. Al disponer así el reconocimiento de la pareja, Eurípides anuncia lo que va a ser la escena suprema de la novela griega, que nacería tres siglos más tarde, y preludia también la comedia nueva de Menandro.

El Náufrago y la Bella (otros dos personajes del folklore), protegidos por la potestad mántica de Teónoe, hermana de Teoclímeneo, consiguen, merced a una serie de ardidés y estratagemas, escapar de las inhumanas leyes de Egipto, y regresar, henchidos de vientos favorables y de felicidad, a tierra lacedemonia. Cástor y Pólux, los Dioscuros, hermanos de Helena, sancionan *ex machina* el *happy end* de la acción dramática.

Ésta es, en suma y sin detalles, la trama argumental de *Helena*, una tragedia *sui generis* que más parece una

comedia fantástica o de enredo, pero con un elemento mítico muy desarrollado, lo que aproxima su contenido al de la novela helenística (Caritón, Jenofonte de Éfeso, Jámblico, Aquiles Tacio) y bizantina (*Calímaco y Crisórore*), y, por citar un ejemplo deducido del teatro clásico español, se nos antoja parangonable con el tipo de comedia que representa *La Gloria de Niquea*, de nuestro Villamediana, a caballo entre lo mágico, lo fantástico, lo alegórico y lo hermético.

Gilbert Murray ² considera la *Helena* eurípidea como una «rather brilliant failure», y, más adelante, refiriéndose a la protagonista de la pieza, afirma: «En el intento de rehabilitar a Helena, ésta queda reducida al tipo más insípido de las criaturas imaginarias: una heroína de perfecta belleza y de intachable conducta, sin el menor carácter fuera del amor a su marido...»

W. Schmid ³ insiste, por su parte, con justicia en el virtuosismo de los efectos escénicos del drama. Se diría que Eurípides, al componerlo, «estaba pensando sólo en el teatro».

Albin Lesky ⁴ justifica la falta de profundidad que preside la obra acudiendo al proceso de secularización que afectaba a la tragedia en época de Eurípides: el hombre es aquí juguete del azar, y lo es sin ningún género de implicaciones filosóficas o religiosas. El *deus ex machina* final no es más que un truco, un artificio que desempeña el papel de Azar, pero que es incapaz de someterlo a unas normas o a unos esquemas. Teónoe, la vidente, tal vez sea el personaje menos frívolo, pero tiene también ciertos perfiles que la ayudan a no desentonar dentro del marco de prestidigitación escénica impuesto por el poeta. Es, pues, la misma dimensión de pensamiento ⁵ que albergará más tarde a los novelistas, desde el autor ignoto de *Nino y Semíramis* hasta Marie de France, el *Roman de Troie*, nuestra novela de caballerías del siglo XVI, Cervantes, Fielding, Sterne, Stendhal o Tolkien. El mundo de lo divino retrocede así ante

el mundo de lo puramente humano, regido por Fortuna, la misma diosa prepotente del universo renacentista.

C. M. Bowra ⁶ , por ejemplo, se siente cautivado por la vivacidad, el encanto y la inteligencia de la Helena eurípidea, una de las heroínas más atractivas diseñadas por el dramaturgo, «símbolo de lo que pueden el buen sentido y la dulzura allí donde la fuerza ya ha fracasado».

A mi parecer, *Helena* es una deliciosa aventura literaria tanto para el que escribe como para quien escucha o lee, una exquisita ceremonia lúdica tan lejos de la antigua problemática religiosa como de la nueva y atormentada distorsión «humanista» y existencial, un paréntesis de irrealidad y fantasía que sólo podría conducirnos a las *Etiópicas* de Heliodoro o a la anónima *Queste del Saint Graal* (y, por qué no, al *Persiles y Sigismundo* o al *Manuscrit trouvé à Saragosse* de Potocki). La psicología de los personajes no es, por supuesto, estudiada por el dramaturgo de una forma exhaustiva. Prevalecen ingenio y agudeza sobre profundidad y reflexión. Pero el sabor exótico que imprime el poeta en su narración, los numerosos elementos románticos con que se enriquece la obra, el agudo sentido del humor, la habilísima doble intención en las palabras de la heroína cuando habla con Teoclímeneo, todo ello hace de *Helena* el comienzo —y no la decadencia— de algo. De ese modo, al concluir el drama con una breve y sentenciosa estrofa anapéstica recitada por el Coro (sistema que ya había utilizado en *Alcestis* , su primera tragedia, y del que se sirvió con frecuencia), un nuevo drama —nuestro teatro occidental— da comienzo, o, como dice Antonio Tovar ⁷ , «cuando Eurípides, al redactar en su vejez *Helena* , corta el cordón umbilical que aún ligaba a Esquilo, Sófocles y Aristófanes a la tierra sagrada del Ática, abre las posibilidades del teatro en todas nuestras literaturas».

Esquema de la obra

- PRÓLOGO (1-163). Expuesto por Helena y, a partir del verso 68, por Teucro y Helena.
- PÁRODO (164-385). Propiamente, un largo *kommós* entre Helena y el Coro.
- EPISODIO 1.º (386-514). En realidad, un segundo Prólogo, esta vez a cargo de Menelao y de una anciana portera (versos 437-482) del palacio de Teoclímeneo
- EPIPÁRODO (515-527). A cargo del Coro.
- EPISODIO 2.º (528-1106). Larguísimo Episodio centrado en dos cuestiones fundamentales: el encuentro y posterior anagnórisis entre Menelao y Helena, en el que se incluye un dúo de reconocimiento cantado por ambos (versos 625-697), y la elaboración de un plan arriesgado, pero con la aquiescencia de Teónoe (que aparece en el verso 865 y desaparece en el 1029), para regresar a la patria.
- ESTÁSIMO 1.º (1107-1164). Tardío primer Estásimo en el que el Coro se lamenta de las desgracias de los protagonistas y de la inutilidad de la guerra de Troya.
- EPISODIO 3.º (1165-1300). La estratagema da resultado: Helena engaña a Teoclímeneo en presencia de Menelao, que finge ser un marinero superviviente del naufragio en el que él mismo habría perdido la vida. Para cumplir con los ritos funerarios de la Hélade, hace falta una nave que transportará las ofrendas...
- ESTÁSIMO 2.º (1301-1368). Estásimo de la Gran Diosa, que aquí es Deméter, y no Cíbele-Rea. Se narra el mito del rapto de Perséfone.
- EPISODIO 4.º (1369-1450). Últimos preparativos de la navegación ritual. Teoclímeneo ofrece a Menelao el mando de la nave, a instancias de Helena. El engaño ha surtido definitivo efecto.
- ESTÁSIMO 3.º (1451-1511). Estásimo de los buenos augurios para el viaje de los esposos, y preludio del *happy end* en la invocación a los Dioscuros de la Antístrofa II.
- ÉXODO (1512-1692). Un mensajero informa a Teoclímeneo de la huida de Helena y Menelao. El rey de Egipto se enfurece y quiere dar muerte a Teónoe, su hermana, pero un servidor de ésta se interpone. Los Dioscuros, *ex machina*, ponen fin a la ira de Teoclímeneo justificando la actuación de la vidente, y anuncian que Menelao y Helena serán divinizados.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Cito tan sólo las ediciones que he tenido a la vista, sean del texto original griego, bilingües o simples traducciones.

G. MURRAY *Euripidis Fabulae*, III, Oxford, 1913².

L. DE LISLE, *Euripides: Obras completas* (versión española de G. Gómez de la Mata), IV, Valencia, s. d.

H. GRÉGOIRE, *Euripide: Hélène*, París, 1961.

K. ALT , *Euripidis Helena* , Leipzig, 1964.

A. M. DALE , *Euripides: Helen. Edited with Introduction and Commentary* , Oxford, 1967.

R. KANNICHT , *Euripides: Helena* , I (Einleitung und Text) y II (Kommentar), Heidelberg, 1969.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

Figuran a continuación los pasajes en que no he creído oportuno seguir la edición de

Edición Murray

*Lectura adoptada en esta
versión*

172 δάκρυα·	δάκρυα,
173 μέλεα,	μέλεα·
218 τίνα δὲ βίοτον	τί δ' ἀνὰ βίοτον Bruhn
257 - 259 Entre corchetes (<i>del</i> Wieland)	Conservar los tres versos
287-292 No ve interpolación	[287-292] Goguel
302 σμικρὸν	σμικρὸς Stephanus
σάρκ' Hermann	ἄρθρ' Keil (<i>ex ἄρτ' LP</i>)
324-325 ...κόρη· / ὄθενπερ εἶση πάντα τάληθῆ...	...κόρη / ὄθενπερ εἶση πάντα· τάληθῆ... Musgrave, Din- dorf, Pflugk
349 ὑδρόεντι Reiske	ὑδρόεντα <i>LP</i>
352 ΕΛ. τί τάδ' ἀσύνετα;	ΧΟ. τί τάδ' ἀσύνετα; <i>post co- rrectorem apogr. Paris.</i>
358-359 τῷ τε σήραγγας Ἰδαίας ἐνίζοντι Badham	τῷ τε σύριγγος αὐδᾶ σεβί- ζοντι Dale
388 τόθ'	τότ'
388-389 No secluye	Secluir desde ἠνίκ' hasta ἐποίεις,
389 ἐν θεοῖς	εὐθέως Hermann
416 ὥσθ' ἱστορήσαι, τὰς ἐμὰς δυσχλαινίας	ὥσθ' ἱστορήσαι τὰς ἐμὰς δυσ- χλαινίας

Edición Murray

*Lectura adoptada en esta
versión*

422 ἐκβόλοις ἃ ἀμπίσχομαι	ἐκβολ' οἷς ἄμπίσχομαι Reiske
441-442 ταῦτα, ταῦτ' ἐπεὶ καλῶς λέγεις. / ἔξεστι...	ταῦτα ταῦτ' ἔπη κάλλως λέγειν / ἔξεστι... Herwer- den
Murray	
442 λόγον	χόλον Heimsoeth
556 τόπου	τάφου Elmsley
866 θεῖόν τε, σεμνοῦ θεσμόν αἰθέρος, μυχῶν,	θείου δὲ σεμνὸν θεσμόν αἰθέ- ρος μυχούς Wecklein
898 μου	μοι Seidler
936 κατεσφάγη	κατεφθάρη Schenkl
944-946 ΧΟΡΟΣ Dindorf	ΘΕΟΝΟΗ LP
1006 Χάρις	Κύπρις
1022 ὁδόν τιν' ἐξευρίσκετε Nauck	τιν' ἔξοδόν γ' εὐρίσκετε (<i>e</i> τὴν ἔξοδόν γ' εὐρίσκετε LP)
1050 λόγῳ θανεῖν	τεθνηκέναι Cobet
1134 ἔριν,	ἔριν
1135 νεφέλαν... ἄγων,	Μενέλας... ἄγων Wilamowitz
1447 χρήσθ' ὁμοῦ Nauck	χρήστ' ἑμοῦ LP

¹ «Zur Anagnorisis in der *Helena*», *Hermes* 90 (1962), 6-24.

² *Euripides and his Age* , Londres, 1913, págs. 144-145.

³ *Geschichte der griechischen Literatur* , III, Múnich, 1940, pág. 516, nota 1.

⁴ *La tragedia griega* , Barcelona, 1966, págs. 204-206.

⁵ Cf. A. M. DALE , *Euripides: Helen* , Oxford, 1967, págs. xv-xvi. No es ocioso que Dale hable de piezas shakespearianas como la encantadora *Twelfth Night* al referirse a *Helena* . También ha sido comparada con *A Midsummer-Night's Dream* y, sobre todo, con dos obras maestras de la última época: *Measure for Measure* y *The Winter's Tale* .

⁶ *Historia de la literatura griega* , México, 1967⁷ , págs. 93-94.

⁷ «Aspectos de la *Helena* de Eurípides», *Estudios sobre la tragedia griega* , Madrid, 1966, pág. 137.

ARGUMENTO

Con relación a Helena, Heródoto ¹ dice que marchó a Egipto, y que Homero ² confirma este hecho, haciendo que ella, en la *Odisea*, ofrezca a Telémaco la droga que hace olvidar las penas, la misma que le había dado Polidamna, esposa de Toón. No es esto precisamente lo que Eurípides dice. En efecto, Homero y Heródoto ³ cuentan que ella, errabunda con Menelao tras el saco de Ilión, llegó a Egipto, y que allí consiguió las antedichas drogas, mientras que Eurípides afirma que la auténtica Helena no fue jamás a Troya, sino un fantasma suyo, pues Hermes, después de haberla raptado por voluntad de Hera, la entregó a la custodia de Proteo, rey de Egipto. Muerto éste, su hijo Teoclímeneo había intentado obligarla a casarse con él, pero ella fue entonces a sentarse como suplicante junto a la tumba de Proteo. Allí se le presenta Menelao, que había perdido en el mar sus naves, pero conservaba a unos pocos de sus compañeros ocultos en una caverna. Trabando conversación, ambos maquinan un ardid para engañar a Teoclímeneo y, subiendo a bordo de una nave con la excusa de ofrecer un sacrificio en honor de Menelao, muerto en el mar, llegan sanos y salvos a su patria.

PERSONAJES

HELENA .

TEUCRO .

CORO .

MENELAO .

Una ANCIANA .

Un MENSAJERO .

TEÓNOE .

TEOCLÍMENO .

Otro MENSAJERO .

SERVIDOR de Teónoe.

Los DIOSCUROS .

HELENA . — He aquí las bellas ondas virginales del Nilo, que, en lugar de la divina lluvia, riega los campos y el país de Egipto cuando la blanca nieve se disuelve. Proteo, cuando [5] vivía, era el rey de esta tierra, habitaba en la isla de Faros y era soberano de Egipto. Había desposado a una de las doncellas marinas, a Psámate, después de dejar ésta el lecho de Éaco. Y engendró dos hijos en su palacio, un varón, Teoclímeneo, [llamado así porque honró a los dioses todos los días [10] de su vida], y una noble doncella, Ido, delicia de su madre mientras fue niña, y a la que, una vez llegada a la edad oportuna para el matrimonio, la llamaron Teónoe, porque sabía las cosas divinas, lo que es y lo que será, prestigios heredados [15] de su abuelo Nereo.

En cuanto a mí, mi patria, Esparta, no carece de gloria, y mi padre es Tindáreo; pero es fama que Zeus, bajo la apariencia de un cisne, llegó volando hasta mi madre Leda y entró furtivamente en su lecho, fingiendo huir de la persecución [20] de un águila, si es que la historia es fidedigna. Me llamaron Helena. Los males que he sufrido, voy a decirlos.

En relación con su belleza respectiva, fueron a ver a Alejandro en lo más intrincado del Ida tres diosas, Hera, Cipris y la virgen hija de Zeus, con el deseo de que él dictaminara [25] en juicio acerca de su hermosura. Prometiéndole a Alejandro que desposaría mi belleza —si bello es lo que tantas desdichas me ha causado—, Cipris triunfó, y el ideo Paris, abandonando sus establos, llegó a Esparta, seguro de poseer [30] mi lecho. Pero Hera, ofendida por no haber vencido a sus rivales, convirtió en vano viento mi unión con Alejandro, y no fui yo lo que abrazaba el hijo del rey Príamo, sino una [35] imagen viva semejante a mí que la

esposa de Zeus había fabricado con aire celeste. Y él creyó que me poseía, vana apariencia, sin poseerme.

Otros designios añadió Zeus a estos males, pues llevó la guerra al país de los helenos y a los desventurados frigios, [40] para aliviar a la madre tierra de una gran multitud de hombres y para que cobrara fama el más valiente hijo de la Hélade.

No presidía yo el esfuerzo de los frigios; no era yo, sino mi nombre, la única recompensa para la lanza de los helenos. Hermes me había conducido envuelta en una nube a través de las profundidades del éter —no me había olvidado [45] Zeus— hasta la casa de Proteo, elegido por ser el más virtuoso de todos los mortales, a fin de que yo conservase para Menelao mi lecho inviolado. Y aquí estoy, mientras que mi desdichado [50] esposo, después de reunir un ejército, persigue a mis raptores al pie de las murallas de Ilión. Muchas almas han perecido por mi culpa a orillas del Escamandro, y maldicen por ello de mí, que tanto he sufrido, y me acusan de haber [55] promovido esta terrible guerra traicionando a mi esposo.

¿Por qué estoy viva aún? Al dios Hermes le he oído decir que todavía habitaré la ilustre tierra de Esparta en compañía de mi esposo, sabedor él de que nunca fui a Ilión ni compartí el lecho con nadie.

[60] Mientras Proteo vio esta luz del sol, mi matrimonio se mantuvo intacto; pero ahora que está oculto en la oscuridad de la tierra, su hijo Teoclímeneo persigue mis bodas. Y yo, siéndole fiel a mi primer esposo, he venido a postrarme [65] suplicante ante la tumba de Proteo, a fin de que conserve mi lecho para Menelao y para que, aunque mi nombre sea infame en la Hélade, al menos aquí mi cuerpo no se cubra de vergüenza.

TEUCRO . — ¿Quién es el soberano de estos fortificados recintos? Casa es digna de compararse con la de Pluto. Regios [70] son los pórticos y bien revestida la morada. ¡Ah! Oh dioses, ¿qué visión es ésta? Estoy viendo la odiosísima

imagen sanguinaria de la mujer que me perdió a mí y a todos los aqueos. ¡Que los dioses te rechacen, escupiéndote, [75] por tu parecido con Helena! Si mi pie no pisara tierra extranjera, la muerte te daría con estas flechas infalibles; pagarías así tu semejanza con la hija de Zeus.

HELENA . — ¿Por qué, oh desventurado, quienquiera que seas, te diriges a mí y me odias por las calamidades de ella?

TEUCRO . — Me he equivocado. Cedí a la cólera más de [80] lo debido. Toda la Hélade odia a la hija de Zeus. Perdóname lo dicho, mujer.

HELENA . — ¿Quién eres? ¿De dónde has venido a esta tierra?

TEUCRO . — Soy, mujer, uno de los desdichados aqueos.

HELENA . — No hay que admirarse, entonces, de que odies [85] a Helena. Pero, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién es tu padre?

TEUCRO . — Mi nombre es Teucro. Telamón es el padre que me engendró. Salamina la patria que me ha criado.

HELENA . — ¿Qué te ha traído a estas tierras del Nilo?

TEUCRO . — Mis parientes me han expulsado de mi país [90] natal.

HELENA . — ¡Qué desgracia para ti! Y, ¿quién te ha echado de la patria?

TEUCRO . — Telamón, mi padre. ¿Hay pariente más íntimo?

HELENA . — ¿Por qué? Todo eso esconde grandes calamidades.

TEUCRO . — Mi hermano Ayante me ha perdido, al morir en Troya.

[95] HELENA . — ¿Cómo? No le quitarías la vida tú con tu acero...

TEUCRO . — Él mismo se mató, precipitándose sobre su propia espada.

HELENA . — Loco estaría. ¿Qué cuerdo hubiera obrado así?

TEUCRO . — ¿Conoces a un tal Aquiles, hijo de Peleo?

HELENA . — Sí. He oído decir que en otro tiempo fue pretendiente de Helena.

[100] TEUCRO . — Después de muerto, suscitó entre sus compañeros una disputa en torno a sus armas.

HELENA . — ¿Por qué supuso eso una desgracia para Ayante?

TEUCRO . — Al ver que otro obtenía las armas, se quitó la vida.

HELENA . — Y, sin duda, tú sufres por sus padecimientos.

TEUCRO . — Sí, porque no caí muerto al mismo tiempo que él.

[105] HELENA . — ¿Significa eso, extranjero, que fuiste a la ilustre ciudad de Ilión?

TEUCRO . — Después de haber contribuido a destruirla, me he perdido a mi vez.

HELENA . — ¿Ha sido Troya presa de las llamas?

TEUCRO . — Hasta el punto de que no queda huella alguna de sus murallas.

HELENA . — ¡Desgraciada Helena! Por tu culpa yacen muertos los frigios.

[110] TEUCRO . — Y los aqueos. Grandes males se han producido.

HELENA . — ¿Desde cuándo está destruida la ciudad?

TEUCRO . — Cerca de siete años de cosecha han pasado.

HELENA . — Y, ¿cuánto tiempo en total habéis estado en Troya?

TEUCRO . — Muchas lunas, a lo largo de diez años.

HELENA . — ¿Recuperasteis también a la mujer espartana? [115]

TEUCRO . — Menelao se la llevó, arrastrándola por los cabellos.

HELENA . — ¿Has visto tú a la desdichada, o hablas de oídas?

TEUCRO . — Con mis ojos la he visto, no menos que a ti ahora.

HELENA . — Piensa que pudo ser un fantasma creado por los dioses.

TEUCRO . — Háblame de otra cosa, no de esa mujer. [120]

HELENA . — Así, pues, ¿crees que tu visión fue verdadera?

TEUCRO . — La he visto con mis ojos, y el espíritu ve ⁴.

HELENA . — Y Menelao, ¿ya está con su esposa en la patria?

TEUCRO . — En Argos no está, ni a orillas del Eurotas.

HELENA . — ¡Ay! Malas noticias son para aquellos a [125] quienes concierne la desgracia.

TEUCRO . — Dicen que él y su esposa han desaparecido.

HELENA . — ¿No siguieron todos los argivos el mismo trayecto?

TEUCRO . — Sí, pero una tormenta los dispersó en todas acciones.

HELENA . — ¿En qué punto del mar salado?

TEUCRO . — Cuando se encontraban en medio del mar [130] Egeo.

HELENA . — ¿Y, desde entonces, nadie ha visto a Menelao en ninguna parte?

TEUCRO . — Nadie. En la Hélade dicen que ha muerto.

HELENA . — ¡Estoy perdida! ¿Existe aún la hija de Testio?

TEUCRO . — ¿Te refieres a Leda? Ya le llegó su hora.

[135] HELENA . — No la habrá matado la vergonzosa fama de Helena...

TEUCRO . — Eso dicen. Ella misma se ajustó un lazo al noble cuello.

HELENA . — Y los hijos de Tindáreo, ¿viven o no?

TEUCRO . — Están muertos y no lo están. Hay dos versiones.

HELENA . — ¿Cuál es la más creíble? ¡Me consumo en desgracias!

[140] TEUCRO . — Dicen que ambos son dioses convertidos en astros.

HELENA . — Bien está eso. ¿Y la otra versión?

TEUCRO . — Cuenta que el hierro ha dado fin a sus días a causa de su hermana. Pero basta de palabras, que no quiero gemir por partida doble. He venido a estas regias moradas [145] porque necesito ver a la profetisa Teónoe. Sirveme tú de mediadora para obtener de ella los oráculos que dirigirán, con viento favorable, las alas de mi nave hacia el país marítimo de Chipre, donde Apolo me predijo que fundaría una [150] ciudad a la que pondría el nombre insular de Salamina, en recuerdo de mi patria de origen.

HELENA . — La propia navegación te orientará, extranjero. Pero abandona esta tierra, huye antes de que te vea el hijo de Proteo, dueño de este país. Ahora está ausente, y caza [155] con sus perros animales salvajes. No te detengas, pues mata a todo heleno extranjero que cae en sus manos. El porqué, no me lo preguntes; prefiero callar. ¿De qué te serviría saberlo?

TEUCRO . — Has dicho bien, mujer. Los dioses te concedan [160] sus favores a cambio de tus buenos oficios. Tienes el cuerpo igual que Helena, pero tu corazón no es como el suyo, sino muy diferente. ¡Perezca ella de manera vil y no regrese jamás a las orillas del Eurotas! En cuanto a ti, mujer, que seas siempre muy feliz.

HELENA . — *¡Ay! Para empezar con la queja adecuada a mis grandes dolores, ¿de qué lamento me serviré? ¿Qué [165] canto entonaré con lágrimas, sollozos o gemidos? ¡Ay, ay!*

Estrofa 1.^a

Jóvenes aladas, doncellas hijas de la Tierra, Sirenas ⁵ , ojalá pudierais venir a acompañar mis lamentos con la flauta [170] libia de loto, con la siringa o con la lira, respondiendo con lágrimas a mis deplorables desgracias, con sufrimientos a mis sufrimientos, con cantos a mis cantos. Que Perséfone se [175] una a mis sollozos enviándome vuestra fúnebre

música, y recibirá de mí a cambio, allá en sus moradas nocturnas, el peán regado con lágrimas que dedico a muertos y difuntos .

CORO .

Antístrofa 1.^a

Estaba yo junto al agua azul, secando sobre la rizada [180] hierba y sobre el tallo de los juncos los peplos de púrpura al resplandor de oro del sol, cuando un lamento ha llenado el aire, y he podido oír un clamor, un canto de dolor no apto [185] para la lira que mi dueña exhalaba entre gemidos y sollozos, semejante a una Ninfa o a una Náyade que, mientras huye por los montes, deja oír tristes melodías, y, junto a las grutas de piedra, denuncia con sus gritos los amores de Pan . [190]

HELENA .

Estrofa 2.^a

¡Ay, ay! Botín de naves bárbaras, vírgenes helénides, un [195] navegante aqueo ha venido, ha venido aquí a traerme llanto y más llanto. Ilión no es ya más que una ruina al cuidado del fuego destructor, y ello por culpa mía, que a tantos he matado por culpa de mi nombre, manantial de desastres . [200] Leda buscó la muerte en un lazo axfixiante, a causa del dolor que mi deshonra le produjo. Mi esposo, extraviado [205] largo tiempo en el mar, ha perecido; y Cástor y su hermano, honor gemelo de la patria, han desaparecido, han desaparecido abandonando la tierra que temblaba bajo los cascos [210] de sus caballos, y los gimnasios a orillas del Eurotas, rico en juncos, escenario de esfuerzos juveniles .

CORO .

Antístrofa 2.^a

¡Ay, ay! ¡Cuán lamentables son tu destino y tu suerte, mujer! Infortunada vida has llevado desde el día en que

[215] Zeus te engendró de tu madre, brillando por el éter bajo el plumaje de un cisne blanco como la nieve. Pues, ¿qué desgracia se ha alejado de ti? ¿Qué no has sufrido a lo largo [220] de tu existencia? Tu madre ha muerto; los queridos hijos gemelos de Zeus tampoco son felices; tú, mi señora, no puedes [225] ver el suelo de la patria, y corre por las ciudades el rumor de que compartes el lecho de un bárbaro; tu esposo abandonó la vida en las olas del mar: ya nunca más verás feliz las moradas de tu padre ni a la Diosa que habita casa de bronce [6](#) .

HELENA .

Epodo.

[230] ¡Ay, ay! ¿Qué frigio o quién de tierra helénica cortó el pino que iba a inundar de llanto Ilión? De ese pino construyó el Priámida su funesto bajel y, con tripulación bárbara, navegó hasta mi hogar, en pos de mi belleza desdichadísima , [235] a fin de poseer mi lecho. Viajaba con él Cipris, amiga siempre del engaño y del crimen, y llevaba la muerte a los dánaos. ¡Desgraciada de mí entre tantos males! Hera , [240] la augusta diosa a la que Zeus abraza en su dorado trono, envió a Hermes, el veloz hijo de Maya, quien, mientras en mi peplo recogía yo rosas frescas para ir a ofrecérselas [245] más tarde a la Diosa que habita casa de bronce, me arrebató a través del éter y me condujo a esta desventurada tierra, convirtiéndome en causa de la contienda —de la contienda, ¡pobre de mí!— entre la Hélade y los Priámidas. Desde [250] entonces mi nombre arrastra, a orillas del Simunte, una mala fama ficticia .

CORIFEO . — Sé que estás sufriendo, pero hay que soportar con resignación las fatalidades de la vida.

HELENA . — Amigas, ¿a qué destino estoy uncida? ¿Me [255] ha parido mi madre para ser un prodigio ante los mortales? Pues ninguna mujer, helénide o bárbara, ha alumbrado a sus hijos poniendo un huevo blanco, como dicen que Leda me parió a mí de Zeus. Un prodigio es

también toda mi vida, y [260] ello por culpa de Hera y a causa de mi belleza. ¡Ojalá esta belleza pudiera borrarse como se borra una pintura, y los rasgos de mi cara se volvieran horribles en vez de hermosos! ¡Ojalá los helenos olvidaran la mala fama que ahora tengo, y recordasen lo que no es malo como recuerdan ahora [265] lo malo!

Cuando uno está pendiente de un suceso feliz, y los dioses convierten su esperanza en desgracia, el caso, aunque no deja de ser duro, se puede soportar. Pero a mí no me abrumba una, sino muchas calamidades. Para empezar, soy inocente, [270] y se me considera una infame. Mucho peor es que te acusen de males que no has cometido, que la realidad misma del mal. Además, fui expulsada de mi patria por los dioses y enviada a estas gentes bárbaras, donde, privada de los seres [275] queridos, soy esclava yo, que procedo de hombres libres: pues todos los bárbaros son esclavos, a excepción de uno ⁷. Un áncora, tan sólo una, mantenía aún mi esperanza: que un día volvería mi esposo y pondría fin a mis males; pero mi [280] esposo ha muerto, ya no existe. Murió también mi madre, y yo soy su asesino: aunque no sea justo acusarme por ello, la culpa es sólo mía. Mi hija ⁸, la que fuera mi orgullo y el de mi casa, virgen y sin marido verá cómo blanquean sus cabellos. [285] Y los hijos de Zeus, los famosos Dioscuros, ya no existen. Por todo ello perezco yo en medio de tantas desgracias, aunque de hecho no esté muerta. [Lo último y peor es que, si volviera a la patria, me prohibirían el acceso, pensando que, si era la Helena que fue a Troya, debería haber [290] vuelto con Menelao. Porque, si viviera mi esposo, nos reconoceríamos recurriendo a señales que sólo él y yo sabemos. Pero eso no es posible ahora, y él ya nunca regresará.]

¿Por qué estoy viva aún? ¿Qué esperanza me queda? ¿Contrair nuevo matrimonio para remediar mis desgracias, [295] vivir en compañía de un bárbaro sentándome a su opulenta mesa? Pero cuando un marido es odioso a su mujer, también el propio cuerpo ⁹ se hace odioso, y mejor es

morir. ¿Cómo [300] no va a estar bien la muerte para mí? [Vergonzoso es colgarse de un lazo, y parece inconveniente incluso para los esclavos. Degollarse es más noble y hermoso, y ¡es tan breve el instante que nos libera de la vida!] ¡A qué abismo de males he venido a parar! ¡La misma belleza que hace felices a las demás mujeres, a mí me ha perdido! [305]

CORIFEO . — Helena, no creas que el extranjero que ha venido, quienquiera que sea, ha dicho sólo verdades.

HELENA . — Por lo menos dijo a las claras que mi marido había muerto.

CORIFEO . — Muchos relatos se construyen a base de mentiras.

HELENA . — Y, al contrario, otros muchos son verdad. [310]

CORIFEO . — Te inclinas a dar crédito a lo malo antes que a lo bueno.

HELENA . — El propio miedo me conduce hacia aquello que temo.

CORIFEO . — ¿Con qué simpatías cuentas en este palacio?

HELENA . — Todos son mis amigos, a excepción del que intenta desposarme.

CORIFEO . — ¿Sabes lo que tienes que hacer? Abandona [315] esta tumba.

HELENA . — ¿A qué consejo quieres llegar hablando así?

CORIFEO . — Entra en la casa y pregunta a Teónoe, la hija de la Nereida pónica, la que todo lo sabe, si todavía existe tu esposo o si ha perdido ya la luz del sol. Cuando conozcas [320] la verdad, entrégate al gozo o al llanto. ¿De qué vale penar antes de saberlo todo a ciencia cierta? Hazme caso: deja esta tumba y ve en busca de la doncella por quien has de salir de tu ignorancia. Si en esta misma casa puedes obtener [325] información veraz, ¿para qué buscarla más lejos? Quiero acompañarte yo también al palacio y escuchar contigo los oráculos de la virgen. Una mujer debe compartir las fatigas de otra mujer.

HELENA . — *Acepto, amigas, vuestro consejo. Venid, venid [330] al palacio para que, dentro de la casa, conozcáis la verdad acerca de mis sufrimientos .*

CORO . — *Llamas a quien te sigue de buena gana .*

[335] HELENA . — *¡Ay, día infortunado! ¿Qué nuevas lamentables voy a oír, desdichada de mí?*

CORO . — *No anticipes lamentos, oh querida, profetizando males .*

[340] HELENA . — *¿Qué habrá sufrido mi infortunado esposo? ¿ Ve la luz, la cuadriga de Helio, el curso de los astros, o , [345] entre los muertos, bajo tierra, sufre duradero destino?*

CORO . — *Piensa en el porvenir mejor, cualquiera que sea*

HELENA . — *Yo te invoco, húmedo Eurotas de verdes juncos [350] y te juro que, si es cierto el rumor de la muerte de mi esposo ...*

CORO . — *¿Por qué esas palabras ininteligibles?*

HELENA . — *...suspenderé mi cuello de una cuerda asesina, o me introduciré una espada en embestida de hierro frío [355] a través de la carne, mortal persecución del degüello que hace brotar la sangre de la garganta, ofreciéndome en sacrificio a las tres diosas y al Priámida que las celebró antaño con el canto de su siringa junto a los pastoriles establos . [360] CORO . — ¡Váyanse esas desgracias a otra parte y seas tú muy feliz!*

HELENA . — *¡Ay, Troya desdichada! Por hechos nunca cometidos has sido destruida y has soportado tantas desgracias. Los dones con que Cipris me adornó han engendrado [365] mucha sangre, mucho llanto; han traído dolor sobre dolor, lágrimas sobre lágrimas, sufrimientos. Las madres han perdido a sus hijos; las doncellas, hermanas de los muertos, han depositado sus cabelleras junto al cauce del [370] frigio Escamandro. La Hélade ha lanzado un grito, un grito de dolor, y se ha deshecho en llanto, se ha golpeado*

la cabeza con las manos, y con las uñas ha surcado de heridas sangrientas sus delicadas mejillas .

Oh tú, afortunada Calisto, doncella de la Arcadia de [375] antaño, que subiste al lecho de Zeus bajo la forma de un cuadrúpedo, ¡cuánto mejor te fue a ti que a mi madre!, pues, transformada en fiera de miembros velludos —por más que la ternura de tus ojos suavizara tu aspecto externo—, abandonaste el fardo de la pena. Afortunada tú también, la cierva [380] de cuernos de oro que Ártemis expulsó de sus coros antaño, la Titánide , hija de Mérope, castigada por tu belleza . ¡Mi cuerpo ha arruinado, ha arruinado la ciudadela de [385] Dardania y ha sembrado la muerte entre los aqueos!

MENELAO . — ¡Oh Pélope, tú que en Pisa rivalizaste otrora con Enómao en el certamen de cuadrigas! ¡Ojalá entonces, [cuando fuiste persuadido a formar parte de un festín ante los dioses], hubieras muerto, antes de engendrar a mi padre [390] Atreo, quien, a su vez, del lecho de Aérope engendró a Agamenón y a mí, Menelao, ilustre pareja! Glorioso me parece —y digo esto sin vanidad— trasladar por medio del remo todo un ejército hasta Troya, sin que, como un tirano, hubiera [395] de reunirlo por la fuerza, pues la juventud de la Hélade se puso de buen grado bajo mis órdenes. De los que me siguieron, unos ya no se cuentan entre los vivos; otros, felizmente escapados de los peligros marinos, llevaron a sus casas, de regreso, los nombres de los muertos. Pero yo, desdichado, [400] no he dejado de errar sobre las ondas del glauco mar desde que derribé las torres de Ilión, y, aunque deseo ardientemente volver a mi patria, los dioses no me consideran digno de hacerlo. Tengo navegadas todas las costas, desiertas e inhospitalarias, [405] de Libia. En cuanto me acerco a mi casa, el viento me hace retroceder, y jamás una brisa favorable ha henchido mis velas de modo que pudiese regresar a mi país.

Y he aquí que ahora yo, náufrago miserable, he venido a caer en esta tierra, después de haber perdido a mis amigos. [410] Mi nave se ha roto en mil pedazos contra las rocas. De los diversos elementos que la componían, sólo ha quedado intacta la quilla, sobre la cual logré, a duras penas y por un azar inesperado, salvarme a mí y a Helena, mi esposa, a quien traigo conmigo desde Troya. Cuál sea el nombre de [415] este país y cuál el pueblo que lo habita, lo ignoro. Y me da vergüenza presentarme ante la gente, no sea que me vayan a interrogar acerca de mis harapos, pues quiero ocultar por pudor mi desgracia. Cuando a un hombre que está muy alto le ruedan mal las cosas, la falta de costumbre le mortifica [420] más que al que ha sido siempre un desgraciado. Pero la necesidad me consume, no tengo pan, ni vestidos con que cubrir mi piel; puede verse que son sólo restos del naufragio los jirones que llevo puestos. El mar me ha arrebatado los peplos de antaño, mis magníficas vestiduras, todo mi esplendor. [425] A la que fue el origen de todos mi males, a mi esposa, la he ocultado en el interior de una gruta, y he venido, dejando como encargados de su custodia a aquellos de mis compañeros que han sobrevivido. Y aquí estoy, solo, buscando con afán poder hacerme con lo que urgentemente [430] necesitan mis amigos de allá. A la vista de este palacio cernido de murallas, de estas puertas soberbias propiedad de algún hombre opulento, me he acercado. De una rica mansión es lógico esperar que unos náufragos obtengan algo, mientras que de gentes que no tienen recursos para vivir nada podríamos obtener, por más ayuda que quisieran prestarnos.

[435] ¡Ohé! ¿No va a salir de la casa un portero que transmita dentro, de mi parte, el mensaje de mis miserias?

ANCIANA . — ¿Quién hay a las puertas? ¿No te alejarás del palacio? Si sigues ahí parado, en el umbral de entrada, [440] importunarás a mis amos. O morirás, pues eres heleno, y para ellos no hay hospitalidad en esta tierra.

MENELAO . — Esas mismas palabras pueden decirse en otro tono, pues pienso obedecerte. Pero depón tu cólera.

ANCIANA . — Vete. Mi misión, extranjero, consiste en que ningún heleno se acerque a este palacio.

MENELAO . — ¡Ah! No me empujes, no me eches a la [445] fuerza.

ANCIANA . — Tú tienes la culpa. No haces caso de lo que te digo.

MENELAO . — Ve dentro y anúnciame a tus amos.

ANCIANA . — ¡Bien lo purgaría, créeme, si llevase tu mensaje!

MENELAO . — Vengo como náufrago, como extranjero. Soy, por tanto, inviolable.

ANCIANA . — Dirígete, entonces, a cualquier otra casa. [450]

MENELAO . — No, voy a entrar en ésta. Hazme caso ahora tú.

ANCIANA . — Eres un obstinado. En seguida serás expulsado a la fuerza.

MENELAO . — ¡Ay! ¿Dónde está mi glorioso ejército?

ANCIANA . — En otra parte fuiste un gran personaje. Aquí no lo eres.

MENELAO . — ¡Ah, demon [10](#) mío! ¡Qué tratamiento tan [455] indigno padecemos tú y yo!

ANCIANA . — ¿Por qué bañas tus párpados con lágrimas? ¿A quién diriges tus lamentos?

MENELAO . — A mi feliz destino de otro tiempo.

ANCIANA . — Y, ¿por qué no te vas a ofrecer ese llanto a tus amigos?

MENELAO . — ¿Qué país es éste? ¿De quién son estas regias moradas?

[460] ANCIANA . — Proteo habita esta morada, y esta tierra es Egipto.

MENELAO . — ¿Egipto? ¡Desdichado de mí, adónde he ido a parar!